

LA BURLA DE LA SUERTE

I

Con un brío loco, silbándole los oídos, iba calle adelante, hacia su casa, la casa en que vivía, Damián Galiano. A las altas horas de la noche, con la cabeza hundida al pecho, alzado el cuello del gabán, como si quisiera cubrirse el rostro de una gran vergüenza, como si el frío gélido le atarazara, dando tropezones al caminar inseguro, como si le faltara el suelo en que apoyarse, desapareciendo el piso donde trataba de sentar las plantas, trazando sinuosidades, parecía el beodo exagerado, que llegaba a despertar la paciente curiosidad de los guardias acurrucados en los rincones de algún portal. Silbaban en su cerebro, como una burla fatídica, como una venganza roedora, aquellos ochos o nueves del funesto «bacarat»; y le mordía el recuerdo de la intriga que le tendió el truhán competidor del «poker.» La suerte no se conformaba con haberle visto dejar allí la educación y la vergüenza, a cambio de la primera peseta que ganó, y su honor y tranquilidad al perder la última perra de su muy respetable fortuna.

Como esos encanallados vencedores, se enfangaba en la víctima, trayéndole a la memoria recuerdos de cuándo había seguido la acertada inspiración, o de la forma tan ridícula en que había caído en la intriga del adversario. Y sentía como si la fatalidad, en forma de bruja asquerosa, de mueca repugnante, le soltase una carcajada, encarnación de la burla más sarcástica, que le dolía como un resallazo en la cara, en todo el cuerpo y hasta en la misma alma, como atrofiada ante el porvenir sin esperanza, de desprecio, más negro que la noche, y lleno de vergüenza.

La serenidad que la bruja fatídica le había robado cuando necesitó de ella para remediar el pasado, se la iba prestando ahora para—en el colmo de la burla—dejarle ver la monstruosidad de lo hecho, irremediable; el porvenir espeluznante, como la boca de un abismo, que se abriera bajo sus plantas.

Ya era seguro que se habían concluido aquellos amigos que adularon su liberalidad, seguros en ello de acrecentarla; y aquellas amiguitas que tanto le llamaron guapo, que tanto le fingieron mimos a cambio de una esplendidez inusitada, le reían ahora en su cara, y hasta le hacían momos, enseñándole la lengua y señalándole dos cuartas de narices con las manos.

¿Qué sería ahora, que aun con toda la vergüenza imaginable se veía necesitado a solicitar su ayuda para vivir? ¡La ayuda de aquellos amigos para quienes él no cerró nunca sus manos derrochadoras en dádivas sin par! Como ya le había espetado alguno, le dirían que no le conocían. ¡Cruel desen-

gaño! ¡Atroz pesadilla la del mañana! ¡Pensar martirizante! ¡Burla inaguantable de la fatalidad!

Y sentía retorcerse sus entrañas en un grito de odio. ¿De odio a quién? No sabía a quién; pero el deseo de estrujar algo le hizo apretar los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos, y sintió tal deseo de morder que parecía un hidrófobo, castañeteándole los dientes.

Quizá, sugestionado por la venganza, creyó que la perpetraba en todos los que formaron gran festín con su desgracia; pero sintió la burla de una carcajada sorda, en el interior de sí mismo, lanzada por no sabía qué brujo, y convencido de lo falso de su venganza, sintió revolverse contra sí todos sus odios, buscando, afanoso, una solución, que creyó le prestaría su pistola.



Envuelto en una risa maléfica, le vino el recuerdo de que era lo último que había empuñado. ¡Estaba loco, por fuerza!—pensó.

Había andado, sin darse cuenta hasta dónde, como un idiota o como un obseso. Sino fuera porque sentía todo el dolor de la amarga realidad, hubiera encontrado el consuelo de sospechar que soñaba un sueño macabro.

De pronto se detuvo. En efecto, creyó que había caminado como un obseso, guiado por la burla personificada, que se revolvía en él y le cercaba, bailando una danza de bruja. Infaliblemente, la solución estaba en la muerte y le había llevado hasta allí, al principio del Viaducto, para reírse una vez más de él, creyéndose sin el valor necesario para ello.

A pesar del sarcasmo, el terror de lo ignoto le irguió el cabello, le amedrentó más que el pensamiento de lo ocurrido y el porvenir sin esperanza. Sintió en él como si el brujo scaro luchara con otro ser que tratara adueñarse de su voluntad. Y como si él fuera el blanco de todos los embates de los repug-

nantes, cayó agobiado, extenuado, ante la flaquez en que sus fuerzas dejaron a sus fuerzas, robándose a sí mismas. Y durmió como un atolondrado, sin soñar, rendido, como letárgico.

II

Al día siguiente le acusaban de borracho en una Inspección de Vigilancia, y él calló, como un idiota, sin saber dónde había estado, ni si, en efecto, había bebido.

Al presentarse en su casa, buscó infructuosamente, llamó, sin que nadie le contestara. La pécora que tenía con él se las había birlado.

Ya hacía días que esperaba de ella una jugareta. Le venía escupiendo en la cara, con demasiadas claras indirectas, que no era la vida que se avecinaba la que ella vino a compartir con él. ¡Ah, la despilfarradora! ¡La que le consumió en pocos meses un capital! ¡El día que la encumbró a la vida del capricho, levantándola del fango y la miseria, mereció que la hubieran matado!

Ahora maldecía—era para maldecir—la hora en que se vió dueño de lo que él consideró una fortuna indestructible. Cuando vivía con un sueldo regular, si se quiere mísero, nada le faltó: durmió, quiso y le quisieron; soñó sueños de ilusión—era riqueza de los pobres,—vivió, en fin.

Hasta los mismos muertos, ¿no se revolverían en su tumba hueca contra él, conjurando a los espíritus malignos para que eternamente le pidieran cuenta de lo que consiguieron legarle, a costa de mil afanes? Les había de odiar ahora por todo agradecimiento. Aquella fortuna casi inespada le robó—quizá porque el dinero tiene el forzoso, fatal destino de no pasar de una

mano a otra sin cambiarse por algo—le arrebató la tranquilidad, provocó en él la ambición, el vicio, arrojándolo a la miseria.

Pasada la más fuerte impresión, la primera, el suicidio le pareció cosa de cobardes, de vencidos, que no se atrevían a dar el rostro a la vida que desafia.

Rodaría como ruedan tantos. Por último, mendigaría de incógnito, disfrazado para no sufrir el escarnio de la burla que provocaría una murmuración alusiva en los que pudieran conocerle. Para unos días tendría con lo que le dieran por aquellos muebles elegantes y aquellas ropas, pagados un día sin reparo, al precio que quisieron marcarle.

Pero apenas había concebido tal decisión, un viejo raposo trapero, con cara de scaro, como la sombra que se le reía la noche anterior, se presentó a reclamarlo todo. Había entregado—decía—el valor en que lo había ajustado todo, la tarde antes, a la señorita. Fué una bofetada más en el martirio que el recuerdo de su liberalidad le producía. La culpa toda había sido suya y en sí llevaba